

EL MOTÍN

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid y provincias, trimestre 1,50 pesetas.
—Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año.—Número suelto, 10 céntimos.—Atrasado, 25.—Corresponsales, 25 números, 1,50 pesetas.

CAMBIO DE FRENTE

Ha caído Silvela, y no me atrevo a decir que para no levantarse, por que en este país lo más absurdo es lo más lógico; pero si diré que ha caído dejando merecida fama de inepto y de cobarde.

La sombra de simpatía que alcanzó en determinados momentos al descartarse de los elementos más reaccionarios, se ha desvanecido al caer ahora por no atreverse a luchar con ellos, dándole así el triunfo más completo. Porque no hay que engañarnos: quien ha triunfado es la reacción, tras la que se esconden las órdenes religiosas. Pronto se convencerán los que lo duden.

Basta fijarse en que se ha formado el ministerio presidiéndolo el gran amigo de los jesuitas, general Azcárraga, con los señores siguientes:

Presidencia sin cartera.—General Azcárraga.
Estado.—Marqués de Aguilar de Campó.
Gracia y Justicia.—Marqués de Vadillo.
Hacienda.—Allendesalazar.
Guerra.—General Linarés.
Gobernación.—Ugarte.
Agricultura y Obras públicas.—Sánchez Toca.
Instrucción y Bellas Artes.—García Alix.
Marina.—Un general que no ha aceptado aún.

De los nuevos ministros, cinco son militares: Azcárraga, general.
Linarés, general.
X. general de Marina.
Ugarte, general.
García Alix, general.
Estos últimos son generales abogados.

En breve comenzaremos los periodistas a saber para qué han venido al ministerio; porque la prensa es el objeto preferente de las iras de la reacción.

La crisis no ha sido crisis ministerial. Ha sido crisis del sistema constitucional. El absolutismo avanza.

Afortunadamente los republicanos desbarataremos sus planes el día que celebremos el anunciado mitin.

Sin esta esperanza (?), sería cosa de ir ya pensando en emigrar.

UN RECUERDO

Todos los republicanos de importancia (exceptuando Pi) han hecho la corte a Weyler, y todos, por turno, han contado con él.

Gran parte de la prensa republicana confiaba en ese general. El Motín fué uno de los pocos periódicos que lo combatió desde antes de venir de Cuba.

Que conste, ahora que es Capitán general de Madrid mandando los conservadores.

ENTRE COLEGAS

FRACASADO Y TRIUNFADOR

Un periódico, *La Autonomía* de Barcelona, me dice que yo soy también de los fracasados. No creo que se atreva a reclamar privilegio de invención por la noticia; hace tres números la di yo.

La di irónicamente; pero ahora que me la dan en serio, la desmiento. Y afirmo:

No ha habido en la política republicana hombre que haya triunfado más completamente que yo, si no siempre en los detalles, en el conjunto.

Si algún republicano puede alabarse de haber visto claro en política, ha sido este humilde moralizador de los curas, que viene desde el año 76 diciendo: «*El clericalismo arruinará, matará y deshonrará a España.*» Y desde el 81: «*Los jefes republicanos no van a ninguna parte.*» Sin perjuicio de haber ayudado a todo aquel que ha pretendido hacer algo en favor de la República.

Los hechos, con su incontrastable fuerza, han venido a confirmar mis dos asertos. Y hoy, todo el que juzga desapasionadamente, se ve obligado a reconocer, que España está perdida por atrevimientos de los clericales y torpezas y cobardías de los republicanos.

Y me parece que si esto es fracasar... No, yo no soy un fracasado.

Para saber lo que yo hubiera podido realizar en estos años en que los sucesos políticos han abierto ancho campo a toda clase de iniciativas revolucionarias, tenía que haber estado en condiciones de llevar a la práctica esas iniciativas, como lo han estado los señores a quienes yo desearía ver hoy arrojados de los puestos que ocupan. Habiendo vivido completamente alejado de esos puestos, mal podía haberme desacreditado.

Lo que hay, es que he trabajado en un escenario muy pequeño. En él me han aplaudido, y acaso en uno mayor

me hubieran silbado. Pero esto no se ha visto. Queda, por lo menos, la duda, que no cabe tratándose de nuestras eminencias: silbadas en teatros grandes, probablemente las hubieran apedreado en uno chico.

Pero demos de barato que hubiera yo fracasado; ¿amenguaría por esto la responsabilidad de los que se hallan al frente del partido? No. Además, los soldados no fracasan nunca; fracasan los generales; así como, en caso de triunfo, la victoria se adhiere a su nombre, no a los de aquéllos que les ayudaron.

PERROS DEL HORTELANO

Se me objetará:

«¿Y por qué no ha intentado usted algo por su cuenta, si tantos y tales alientos conserva?»

«Hacer nadie algo por su cuenta, habiendo tenido limitados todos los horizontes con estos tres nombres: Ruiz Zorrilla, Pi, Salmerón? ¿Dirigirse a los correligionarios proponiéndoles esto o aquello, cuando, exceptuando unos pocos, todos pensaban con el cerebro de sus jefes, y ninguno se atrevía ni a suponer que pudiera ser aceptable ninguna idea que en tales cerebros no surgiese?»

Se necesita desconocer por completo cómo ha estado, y está en gran parte aún el partido republicano, para creer que nadie haya podido intentar nada sin pasar antes por la Aduana de esas jefaturas.

Por esto insisto, hoy más que ayer, en que debe retirarse de la política activa del partido a los hombres que la monopolizan. A imitación del perro del hortelano, ni hacen ni dejan hacer.

CONFORME A MEDIAS

Después de un grande elogio al señor Pi y Margall, que hago mío en parte, dice *La Autonomía*:

«Desengáñese Nakens: la República no viene porque los radicalismos asustan aún a muchos; porque la bandera republicana no basta por sí sola para arrastrar a un pueblo que tantos desengaños lleva recibidos; porque una república conservadora no valdría lo que costase; y porque los republicanos no quieren convencerse de que la revolución verdadera no será política, sino social.»

Muchos todavía se asustan de las ideas de Pi y Margall sin dejar de roirse de las inocentes de los demás republicanos.

Gran suma de verdades encierran esos renglones, mas no deben echárselos encima a quien, cual yo, ha escrito: «*Mi ideal en política se reduce a presenciar una revolución tan radical, que sea yo perseguido por reaccionario.*»

Pero al mismo tiempo soy de los que creen, que entre una monarquía clerical y una República conservadora, no deberíamos vacilar los demócratas. Renunciar a lo bueno por no poder alcanzar de golpe y porrazo lo mejor, no es de hombres llamados a gobernar el país, no es de pensadores, no es de patriotas.

UN FAVOR Y UN DISFAVOR

Me los hace *La Autonomía* en los párrafos siguientes:

«¿Por qué no se cuenta Nakens en el número de los fracasados? Influencia ha tenido y tiene seguramente entre gran número de republicanos que admiran sus buenas condiciones de anticlerical, como admiran la oratoria de Salmerón, la buena fe de Ezquerdo, la ilustración de Azcárate, ecétera etc.»

Diecinueve años hace que sostiene un periódico, muy popular por cierto. ¿Qué mayores armas han tenido para la lucha los que censura?

Más viejo es en la lucha que Ezquerdo, más conocido de las masas que Azcárate o que Muro. ¿Por qué no ha hecho la revolución?

No negará que es conocido, que es honrado; no desconocerá que tiene tanta autoridad como algunos de los que combate. De algunas de las uniones realizadas ha formado, si no recordamos mal, parte.

¿Qué ha hecho de esa autoridad que le han concedido, de esa popularidad que no le han regateado?

Dirá que él no ha sido jefe. Pero ¿quién ha dado el titulado de jefes a los otros? Por jefes se toma aquí tener prosélitos, y Nakens los tiene. Es desde este punto de vista un jefe más.

Ignoraba una porción de cosas de las que se me dicen en esos párrafos, todas muy halagüeñas para mí.

No sabía que me admirasen tantos correligionarios. En caso de que sea cierto, créame *La Autonomía*: es una admiración platónica.

¿Que Pi y Salmerón no han tenido mayores armas para la lucha, que yo con un periódico semanal? ¿Cómo, habiéndolos tenido diarios, aparte de haber sido ambos presidentes de la República? Si es broma, puede pasar.

¿Que yo soy más conocido de las masas que Azcárate o que Muro, y que tengo tanta autoridad como algunos de los que combatí? Pase, ya que también es broma. Porque si no lo fuera; si yo creyese que tenía realmente esa autoridad, desde aquí mismo lanzaría el grito de ¡a mí, los míos!, y, vamos, que no me contentaría con gritar: ¡viva la República! en el Congreso, ni con defender en mi semanario la razón que asiste a los chinos en la actual contienda. Haría algo menos correcto y más arriesgado.

¿Que de algunas de las uniones realizadas he formado parte? No, a pesar de haberse querido conferir algún cargo importante. Y con gran empeño. Siempre he creído que puedo servir mejor a los intereses de la República sola, que mal acompañado. Y de sospechar que yo era lo que ahora se me dice, lo habría rechazado por esta razón además: por considerarlo escaso premio a mis grandes merecimientos.

¿Que qué he hecho de mi autoridad y mi popularidad? Admitiendo que las tuviese en la medida que el colega supone, aplicarlas a todo lo que particularmente me ha perjudicado, siempre que he creído favorecer la venida de la República; esto he hecho de ellas.

¿Que yo soy un jefe más? Pues no lo había notado. Ni mis correligionarios tampoco. De lo que sí respondo, es de que si hubiera llegado a serlo, lo habría sido de verdad. Jefe para organizar, para ordenar, para hacer sacrificios y para exigirlos. Una vez investido de ciertos poderes, habría usado de ellos autoritariamente. Una especie de czar democrático; esto hubiera sido yo.

¿Que por qué no he hecho la revolución? Por las razones expuestas, y además por la siguiente: por que casi todos los republicanos están moralmente contratados para esta empresa con Salmerón, con Pi o con Ezquerdo.

He contestado punto por punto a esos párrafos. Réstame sólo dar las gracias a su autor, aun cuando su intención haya sido la de elogiarme con exceso, para ir a parar a esta consecuencia: «Usted vale y puede tanto como el que más. No ha hecho usted nada; luego es usted como todos.»

IDEAS Y HOMBRES

«Ideas, ideas, señor Nakens, es lo que hay que sembrar en la conciencia de los pueblos; no odios y desconfianzas estériles. Las revoluciones fructíferas no las hacen los pueblos. Se puede pedir a los hombres talentados que las preparen, que siembren su semilla; no que las hagan como quien hace buñuelos.»

Así concluye *La Autonomía* su artículo, que por cierto merece, y yo se los prodigo, aplausos por lo cortés.

Con lo que no estoy conforme, es con lo de que la siembra de ideas sea lo más importante en este caso concreto, entre otras razones porque hace mucho tiempo que están sembradas, han fructificado, y, por lo tanto, de lo que ahora se trata es de recoger el fruto.

Es muy común oír esto:

«Los hombres no son nada; las ideas lo son todo; vulgaridad con honores de tontería que corre de boca en boca siempre que alguien censura a los jefes.»

Yo entiendo que, antes que a las ideas, hay que atender a los hombres que las simbolizan. Y si no, vamos a cuentas:

¿No predominaba la idea democrática el 73 en España? ¿No estaba establecida la República? ¿Y por qué desapareció todo aquello? Porque los hombres encargados de implantar, sostener y arraigar ideas tan convenientes, tan justas y tan patrióticas, no supieron por dónde se andaban.

En cambio, los hombres sin ideas pueden contribuir al triunfo de las más contrarias a sus convicciones; testigo Sagasta, concediendo dentro de la monarquía borbónica los derechos individuales que le pesaban como losa de plomo durante la democrática de don Amadeo.

Las ideas sin hombres se desvirtúan, y, si bien no mueren con éstos, tardan más en imponerse. Y no sirve decir que sólo se imponen cuando las circunstancias de tiempo y lugar las favorecen, pues haré observar que todas aquellas que han servido al progreso de la humanidad, han sido siempre impuestas por una minoría.

Las ideas pierden o ganan, según que éstos o aquéllos hombres las defiendan, sin que deje por esto de representar cada una lo que representa.

Vuelvo a repetirlo: es una vulgaridad con honores de tontería el lamentarse de los ataques a los hombres que por su talento, su influencia o los caprichos de

la suerte están al frente de los partidos, porque a ellos y sólo a ellos debemos los males que hoy lamentamos.

¿Se habría perdido la República, si aquéllos en cuyas manos la pusimos hubieran sido consecuentes, enérgicos, u hombres de Estado? No. Pero aun suponiendo que por cualquier accidente hubiera llegado ese caso, ¿habría durado la restauración los años que lleva, si ellos tienen grandeza de espíritu, patriotismo y amor al pueblo? No; tampoco.

Pues entonces, ¿a qué separar los hombres de las ideas, y venirse con lamentaciones pueriles porque yo exija a cada uno lo que tiene el deber de dar por su historia, el puesto que ocupa y el cargo a que aspira?

Mas no quiero concluir sin ponerle a *La Autonomía* un ejemplo que de seguro no rechazará:

Ese mismo señor Pi y Margall, que se cree de granito, como las esfinges egipcias, dispuso del poder supremo y no hizo la federación; disolvió los ejércitos voluntarios, de que se dice ahora tan entusiasta, y llamó las reservas forzadas, de que se dice ahora tan enemigo; no aplicó ninguno de sus principios económicos en Hacienda; no trajo ninguna de las soluciones socialistas por las cuales tanto había pugnado; gobernó con la suspensión de los derechos individuales, mediante leyes de dictadura y excepción; y no llegó a cumplir ninguno de sus principios ni a realizar ninguna de sus ideas durante la República.

¿Por qué? No por no tenerlas, y bien depuradas, sino porque le faltaron condiciones de revolucionario y de hombre de Estado, sin que por esto le niegue nadie que las tuvo y las tiene de honrado, de pensador y de literato.

Cada cosa en su tiempo y para cada tiempo su cosa.

VENGA EL CASTIGO

Y después de decir esto, vuelvo la oración por pasiva, y añado:

Convengamos, no obstante, en que he fracasado, y que por esto merezco se me deponga de los puestos que ocupo, *única cosa* que yo pido que se haga con mis cómplices en fracaso.

Arrojésem, pues, de mi jefatura, de mi directorio, de mi junta, de mi comité provincial, de mi comité municipal, de la presidencia de mi casino, de todos los cargos, en fin, que no he tratado de ocupar, *precisamente por eso, por no haber hecho nada para merecerlos*, y acataré sumiso el fallo del partido.

Si, quitésem todo lo que el partido me ha dado con el maquiavélico propósito de que fracasara o me confundiera con el vulgo, y reconociera su justicia, exclamando de paso:

Justo castigo a mi incapacidad.

JOSÉ NAKENS

ACTITUDES

«La prensa monárquica ha recogido el artículo inserto en el último número de *El Motín*, firmado por Nakens, procurando sacar astilla, sembrando de nuevo la discordia en el campo republicano.»

Vano empeño. El artículo de José Nakens, no está escrito para dividir a los republicanos, ni contiene una sola palabra que acuse propósitos de división, y menos pensamientos de nueva iglesia. Al contrario; Nakens, que ha tenido una gran intervención y una significación en ciertos sucesos, y que fué el verdadero iniciador de la famosa coalición de la prensa, no quiso nunca puestos preeminentes y rechazó toda idea encaminada a elevarle a las jerarquías del partido republicano. Su desinterés, que corre parejas con su amor a la República y a las instituciones libres e igualitarias, le ha hecho rechazar siempre toda idea de encumbramiento de su persona, hallándose bien entre sus libros, entre las cajas de su imprenta, en suma, en su labor diaria de fustigar al clero, al jesuitismo y al monaquismo, y señalar al propio tiempo los vicios y defectos de la monarquía; teniendo muchas veces, con gran dolor de su espíritu, que condenar los actos de los republicanos, y especialmente de aquellos personajes a quienes se ha confiado la dirección de nuestros partidos y de los grupos y grupitos que han ido surgiendo sucesivamente por una porción de causas que no son de este momento.

Nakens, soldado de la causa del pueblo; gran pistador del libre examen y paladín esforzado contra todos los abusos clericales, monacales y jesuíticos, incansable guerrero contra los constantes privilegios, gran maestro en consecuencia y severo juez de propios y extraños, prefiere su indomable independencia y su esforzada energía para seguir condenando todo lo que le parece censurable, que las altas posiciones, que los elevados puestos, que los cargos de director y jefe de nuestros partidos y grupos, como rechaza indignado todo cuanto se intente para

hacer resaltar su persona y poner de relieve sus grandes merecimientos.

Si en esto hace bien o hace mal, cuando él lo hace, él sabrá por qué; pero, de todos modos, acusa un mérito extraordinario, una virtud a toda prueba, porque son muy pocos los que, pudiendo serlo todo, como Nakens, prefieren seguir con sus cuartillas en la esfera modesta en que vive.

No incurriremos en la vulgaridad de afirmar que Nakens haya hecho daño a la causa de la Unión republicana, por el hecho de que los periódicos monárquicos hayan acogido con cierta fruición de gozo su admirable artículo. Es verdad que representa un pensamiento y que marca y señala actitudes y derroteros, acaso en momentos no muy oportunos; pero es cierto también que no niega, ni desconoce, al contrario, proclama con gran convencimiento las excelencias de la Unión.

Lo único que hace es señalar los errores de nuestros directores y aconsejar su sustitución por otros más decididos y menos gastados. Realmente, parte de una base falsa. Entre los cuatro directores, dos son completamente nuevos, y esto acusa ya un progreso, como acusa otro progreso haber concluido, y él no ha contribuido poco, con las jefaturas personales.

Si las personas son otras, y no aspiran a la dirección por juro de heredad; si el pensamiento ha cambiado, y en vez de llamar a las puertas de los cuarteles y recurrir a los cuerpos de guardia y a los cuartos de bandera, se reclama el concurso de los ciudadanos, ¿no podía Nakens haber esperado unos días más, ya que tan corto es el plazo?

Entonces, ni razón, ni siquiera pretexto, hubiera habido para hablarse de nuevas actitudes y para que los monárquicos sigan discurriendo a propósito de la leyenda de nuestras divisiones.

Nos falta espacio y tiempo para otras consideraciones, pero como nuestra actitud es bien conocida, puede suplirse con lo consignado anteriormente.

No hacemos la causa de nadie. Discutimos la oportunidad de ciertas actitudes y afirmamos una vez más la conveniencia de la Unión para la lucha, dirigidos por éstos o por otros, con tal que tengan pensamiento, plan, energías y corazón para dirigirnos y llevarnos al combate.»

Para este amigo (pues debe serlo mío cuando tan bien me trata desde las columnas de *El Baluarte* de Sevilla) hay falta de oportunidad en cuanto he dicho. Siento discurrir de su opinión.

He callado durante el verano, en espera de actos del Directorio que respondieran a la misión que había aceptado y que obligaran al silencio y despertasen la esperanza. ¿Ha realizado esos actos?

Después de la cobardía de que dió muestra al no publicar el Manifiesto durante la suspensión de garantías, todo lo que se le ocurre es convocar ahora a un mitin; y, francamente, esto es ya burlarse de los republicanos.

¿Quién niega que la unión es necesaria para la lucha? Nadie, y yo menos que nadie; desde el primer número de *El Motín* vengo pidiéndola y ayudando a los que han procurado realizarla. ¿Pero es que la experiencia no enseña nada ya, ni los nombres nada significan? Si Azcárate y Muro han formado parte de todas las uniones pactadas con iguales propósitos que la actual, y nada han hecho, ¿vamos a pasarnos la vida diciendo: «Esta vez sí que va de veras?»

¿Que se reclama ahora el concurso de los ciudadanos, en vez de llamar a las puertas de los cuarteles? A esto no puedo responder, porque no debo hablar de sucesos relativamente recientes, y que prueban que a los ciudadanos maldita la confianza que les inspiran ciertos hombres para determinadas empresas. Pero sí diré, que cuando se toman rumbos nuevos, *los que siempre los condenaron*, deben dejar el puesto. A nuevos procedimientos, hombres nuevos.

Y no le digo hoy más, sino que acepto muy reconocido los elogios que de mí hace, y que está en lo cierto al hablar de las intenciones que me guían.

Como yo lo estoy de que, el día que ese amigo se convenga de lo que ya estoy yo convencido, de la incapacidad de ciertos hombres para llevar a cabo ciertas empresas, no será el último en proclamarla y combatirlos, como ha indicado en escritos anteriores.

Coincidiremos en todo, ilustrado compañero.

IESOS GENERALES!

En todo un siglo que llevamos de régimen constitucional no se ha visto crisis de gobierno tan ridícula como la presente y que menos haya llamado la atención del país.

—¡Ha caído Silvela!

—Bueno—contesta el país.—Antes que hubiese sido.

—Tal vez dentro de algunos meses, cuando se arregle el casamiento de la infanta, suba al poder Sagasta.

—¿Y a mí qué?—añade la nación.—Igual

es uno que otro. Estoy en el secreto. Todos los dinásticos son idénticos. Y á este estado de indiferencia y de inmutable excepticismo ha llegado España después de veintiséis años de restauración, con funciones alternas de conservadores y liberales.

Sea quien sea el empresario el espectáculo no varía. Muy pocas escuelas, muchas plazas de toros; las universidades bajo la dirección de jesuitas de toga; los contribuyentes jurando que no pueden pagar y los gobernantes discutiendo qué nuevos reglamentos de millones podrán hacer á la familia reinante; los campos embargados por el fisco, nuevos conventos surgiendo con arquitectónica insolencia en lo más céntrico de las ciudades; los hijos de Loyola llevándose á sus guardias á las muchachas ricas; el caciquismo resucitando el derecho feudal en los distritos; las librerías con los escaparates llenos de polvo; las romerías concurridísimas por entusiastas devotos que amenizan la fe con tiros y puñaladas; y unos políticos que se hacen la guerra por cuestiones personales, teniendo todos el mismo programa: el del embrutecimiento nacional. Si alguna competencia desinteresada se establece entre ellos, es para que se vea quién protegerá más al fraile, adulará mejor al general que manda soldados y se excederá en punto á generosidades con las gentes que habitan el Palacio Real, larguezas que salen de la merceda fortuna del país.

¿Qué caracteres! No les falta ningún elemento para ser despotas. Tienen enfrente un militarismo quebrantado por la derrota, que no conoció Bravo Murillo; un país manso y dócil por la indiferencia, en vez de aquel pueblo entusiasta y revolucionario con el que tuvo que luchar González Bravo; y, á pesar de tantas facilidades, no saben siquiera ser tiranos.

El vacío absoluto es la representación de la política dinástica. Por no ser nada, ni siquiera son malos. Para tirar á Sagasta bastaron unos cuantos subterfugios abortados; para derribar á Silvela—á pesar del contrato secreto que le concedía el poder hasta 1902—se ha bastado el mismo, con los llos que le crea su debilidad de ánimo.

Aquí, los únicos que aparecen con algún carácter, son los generales, esos ilustres derrotados que, cansados de recibir palizas como caudillos, se distinguen ahora como políticos.

Linares, aplastado en Santiago, se dedica á romper las prácticas constitucionales y á producir la crisis, ya que no pudo romper las líneas sitiadoras de los yanquis ni conseguir la victoria.

Weyler, que pudo serlo todo á tener más agallas y menos tortuosidades de carácter, se contenta con ser capitán general de Madrid, y á pesar de su humildad, que con tan poco se satisface, provoca la crisis.

Polavieja, el ciego de Parañaque, rabia al verse en ridículo sin saber qué contestar á su aristocrática esposa, que ya había comprado las alfombras para el palacio de esa capitana general que no le han dado, y en su despecho quebranta la menguada influencia que le restaba á Silvela en Palacio.

Un cambio de gobierno por las rivalidades y llos de unos cuantos generales que cuentan su historia por derrotas!

Lo que no pudo lograr la Unión Nacional con mítins, cierres de tiendas y manifestos á diario, secundada por la protesta de todos los productores de España, lo han conseguido tres individuos que, cansados de sus fracasos profesionales, se dedican á políticos. Políticos... El oficial joven é ilustrado no puede tener ideas, no puede preocuparse de la suerte de su país; le está prohibido creer si una forma de gobierno es mejor que la otra; tiene sobre su cabeza la amenaza del encierro ó de perder su profesión apenas abandone su triste papel de autómatas, incapaz de pensamiento. En cambio una faja roja sobre la barriga, concede la facultad de pensar, de tener ideas, de ser político, de enredar é intervenir en la marcha del país, aunque se tenga reblandecida la médula y la cavidad craneal llena de gelatina.

Asombra ver la importancia que tienen aquí los llamados hombres de espada, aunque esta espada haya sido de menos utilidad que un asador.

En otros países los derrotados de Cuba y Filipinas no se atreverían á salir á la calle. Si Sampson y Dewey hubiesen vuelto vencidos á su país, los pilluelos de Nueva York los habrían corridos á pedradas. Aquí los pateados en las colonias se exhiben como siempre cubiertos de bordados, plumas y cintajos, y por primera vez en su vida consiguen victorias; pero es en el campo de batalla de la política, menos peligrosos que el otro donde perecen de veras los hombres.

En la República francesa vuelven el general vencedor del Dahomey ó el explorador Marchand, y quedan arrinconados, sometidos al poder civil, á pesar del enardecimiento de las aclamaciones patrióticas.

Aquí regresa Linares, capitulado en Santiago, Weyler, fracasado en Cuba, y Polavieja, responsable por su cobarde ferocidad de la pérdida de Filipinas, y derriban gobiernos, influyen en la política é intentan poner su tacón armado de espuela sobre los gobernantes de levita.

¿Qué hubiera pasado aquí si esa gente regresa con unas cuantas victorias, aunque fuesen de mentirijillas?

Los paisanos hubiéramos tenido que limpiarles las botas con la lengua á esos sublimos ídolos, y aún les parecería poco.

Alabemos al Dios de las victorias que en su infinita sabiduría hizo que esos caudillos recibieran una tremenda pateadura tantas veces como se pusieron en presencia de los herejes enemigos.

De buena hemos escapado sin más sacrificio que perder las colonias. Si llegan á ven-

cer, ó por lo menos, á quedar en postura decente, España entera sería á estas horas algo así como un pelotón de quintos.

BLASCO IBÁÑEZ

RESPUESTA

A los correligionarios que me han felicitado por lo que he dicho en los últimos números, gracias.

Y á los que me han enviado cartas de adhesión con el propósito de que se publicaran, gracias también.

Rogando á éstos que me dispensen, si no los complazo, cual deseara. Como el periódico es semanal y las cartas muchas, me es absolutamente imposible.

Ellos se lo quieren

Un periódico asegura que el clero bajo es víctima del clero alto, de los frailes y de los jesuitas. Y dice que...

En Zamora hay clérigos que llevan un año residiendo en la capital, y todavía no han podido conseguir un estipendio, y son tratados con el mayor desdén por aquel prelado, en cuyo palacio ingresan á miles las fanegas de trigo, cántaros de vino y cabezas de ganado procedentes de capellanías, algunas de las cuales son tan pingües, que rentan tres ó cuatro duros diarios. Los coadjutores de parroquia, los capellanes de monjas, beben los vientos para encontrar limosnas de peseta para sus misas. Igual acontece en Cuenca, Sevilla, Salamanca, Coria y otras muchas diócesis.

Y mientras tanto, los frailes y los jesuitas, orondos, satisfechos, sobrándoles misas y todo, y los obispos enviando partidas de millares de misas á los señores del Vaticano; siempre el Vaticano esquilmanándonos; ahí está la causa de todos los males que lamenta nuestro sufrido clero.

Bueno... ¡pues que se aguanten! Si, como nosotros, están envilecidos y no tienen ánimos para protestar y sublevarse; Si, como nosotros, son tan cobardes que aguantan pacientemente que les zurren la badana, y no chistan;

Si, como nosotros, han perdido ya toda confianza en Dios y en los hombres, en el cielo y en la tierra, en el agua y en el fuego, y... hasta en el queso de bola;

Si, como nosotros, no van, ó no se atreven á ir á ninguna parte;

Justo, justísimo es que sufran el vilipendio á que se les condena.

¡Como nosotros!

CARRASQUILLA

ASESINOS Y LADRONES

Don Juan Urquía (*Capitán Verdades*) ha fundado en Barcelona un periódico diario, titulado *La Patria*. Que emplea en él su estilo enérgico, pruébanlo estos párrafos de un artículo titulado *Asesinos y ladrones*, que trata de la suspensión de los diputados provinciales de Madrid:

«Pálidos resultan al lado de estos crímenes abominables, (los de las crueldades cometidas con los niños del Hospicio y las muertes de centenares de ellos en la Inclusa por falta de alimentación) los demás delitos de latrocinio, malversación, estafas, etc., etc., cometidos por los diputados suspensos de la Corporación madrileña.

¡Asesinos do inermes criaturitas! ¡Ladrones del tesoro del pueblo! ¡Una horda seria pobre castigo para vuestros crímenes! ¡Merecáis morir en una hoguera y á fuego lento, como parias asquerosos de una sociedad degenerada!

Y todavía se critica al ministro que para castigar tan detestables delitos viola una ley que no podía prever criminales tan desnaturalizados en gentes de relativa ilustración. Y todavía se le censura porque deja en suspenso á tan repugnantes criminales.

«El actual gobierno no cuenta con alientos para realizar la obra regeneradora indispensable para la vida de la Patria.

Ya lo estamos viendo. Esclarece crímenes horrendos, y no mete en la cárcel á los criminales. Trátase de un pobre, y gemiría ya á estas horas en una oscura mazmorra. Trátase de ricos, y los deja en libertad, para que puedan huir; los entrega á los tribunales para que escapen á la justicia del pueblo, para que puedan adquirir, cuando el tiempo haya hecho olvidar sus crímenes, una sentencia absolutoria...»

Si continúa escribiendo así el periódico *La Patria* (y hay motivos para suponerlo, dirigiéndolo Urquía, y siendo colaborador suyo Bonafoux, pronto alcanzará renombre y suscripciones. ¡Esta el público tan ansioso de oír el lenguaje de la verdad!

LA JUVENTUD

«La juventud, dijo Lamartine, ó es republicana ó no existe.» Sin embargo, la juventud en España no es en su totalidad republicana.

Muchos jóvenes, de los llamados de la buena sociedad, se han echado en los brazos de los jesuitas. Otros se han declarado *neutros*, hermosa palabra que indica lo que son, seres sin sexo determinado. Otros se han coligado bajo nuestra bandera.

La libertad, ese primer sueño del corazón humano, invade con mayor intensidad las almas jóvenes; es la guía de los que piensan

y sienten al comenzar la carrera de la vida. «No hay un corazón usado, que no sea servil», añade el profundo pensador; y le sobra razón.

Miremos á los jóvenes que no son republicanos, introduzcámonos en lo más profundo de su corazón, y los encontraremos envilecidos, degradados, incapaces para toda acción elevada y digna; y lo que es peor aún, sin condiciones para pensar por sí solos.

Cada vez que veo caer á mi alrededor á un hombre viejo por la edad, pero joven de corazón, siento infinita tristeza, por no ver levantarse á otro joven, con alientos para ocupar su puesto en la lucha por los grandes ideales.

Porque debemos luchar. La lucha es vida. Si en la contienda llevamos la peor parte y caemos vencidos, los que queden se encargan de proseguir nuestra obra y vencer.

Lo que más subleva al ánimo, es pensar en los jóvenes que se van con los jesuitas. Ellos viven muriendo; ellos emplean las fuerzas que nosotros empleamos en luchas más ó menos productivas, pero siempre honorables, en abrirse el sepulcro de su deshonra, único que corresponde al que no dedicó sus facultades á labrar el bien general.

Nosotros, los emancipados de rancias preocupaciones, debemos ser los salvadores de la patria. Unámonos todos bajo una misma bandera; que cada uno en la medida de sus fuerzas contribuya á traer la República, única salvación para España, y las generaciones venideras se encargarán de escribir sobre nuestros sepulcros: *Cumplieron con su deber*.

JOSÉ TORRES ROIX

FEMINISMO

ESCUELA DE LOS MARIDOS

Gabinete lujoso. La señora, joven y linda, borbata cerca de un balcón. El marido, gallardo mozo, asoma por la puerta del despacho.

El.—¿Dónde habéis metido el número de El Motin que me he visto esta semana?

Ella.—No sé.

El.—¿Pues es menester que padezca.

Ella (llamando á la doncella).—Rita, busque usted ese periódico del señorito que traen todas las semanas.

El (rebuscando entre unos papeles que están sobre el velador).—¿El *Siglo Futuro*? No te he dicho cien veces que no quiero ver en casa ese papelucho?

Ella.—No seas intransigente: le tengo para leer los anuncios de cultos y devociones. (La doncella entra trayendo un número de El Motin arrugado y hecho una lástima.)

El.—¿Quién ha puesto así el periódico?

Rita.—¿Como no haya sido King?

El (dirigiéndose á su mujer).—¿Es decir, que mientras guardas *El Siglo Futuro* como oro en paño, echas mi periódico al perro? No parece sino que de algún tiempo á esta parte, hay tramada una conspiración contra mis periódicos y mis libros predilectos.

Ella (rísonicamente).—¿Una conspiración? ¡Qué horror! ¿Y es tenebrosa? Será cosa de los jesuitas.

El.—Pues mira, no me extrañaría. El hecho es que han desaparecido una porción de obras: *La religión*, de Diderot; el *Cándido*, de Voltaire; el *Emilio* y *Las confesiones*, de Juan Jacobo...

Ella.—Serán las que se llevaron á encuadernar.

El.—¿Si están en tela? ¡No los habrás prestado tú á alguna de tus amigas?

Ella.—Yo no tengo amigas que lean esa clase de libros.

El.—Podrían llevarlos á la iglesia en vez del devocionario.

Ella (vivamente).—¿Te pones á veces de una impertinencia!

(El marido se retira á su habitación, diciendo entre dientes).—Se me figura que en mi casa funciona una delegación del «Audite expurgatorio».

II

Entra la señora, ataviada con elegante sencillez, en el despacho de su marido, y se contempla en un espejo.

El.—Ya, ya sé lo que el espejo te dice.

Ella.—¿De veras?

El.—No es difícil de adivinar. Te dice lo que yo te estoy diciendo á todas horas: que estás guapísima.

Ella.—¿Adulador! ¡Lástima que no pueda creerte una palabra!

El.—¿No me crees, ni aun cuando te juro que te quiero más que á mi vida?

Ella.—Ya sabes el refrán: «obras son amores...» ¡Ay, hijo, lo que va de ayer á hoy! Las mujeres no debíamos casarnos nunca; debíamos ser novias perpetuas.

El.—¿Pues estáis así todas!

Ella.—¿A que no te acuerdas de lo que hiciste por mí no harás dos años?

El.—Te confieso que...

Ella.—No, si no me extraña el olvido. Los hombres no tienen la memoria del corazón. Pues hará hoy dos años, poco más ó menos, que una noche en casa, discutiendo con don Acisclo, soltaste unas herrijas que ponían los pelos de punta. Mamá, naturalmente, estaba escandalizada. Entonces yo te impuse por penitencia que al día siguiente, un día festivo, habías de oír misa mayor en las Calatravas. Fuiste, oíste la misa entera, una misa cantada, una hora larga de misa, serio, formal y recogido como un santito, mientras yo te vigilaba, sin perderte de vista un momento, con el raballo del ojo. No te puedes figurar qué triunfo fué aquel para mí.

El.—¿Si, sí, lo comprendo.

Ella.—¿Qué apostamos á que no eres capaz de hacer ahora por tu mujer lo que hiciste entonces por tu novia?

El.—Si te he de decir la verdad, no se me alcanza qué ventaja pueda resultar para la gloria de Dios ni para la salvación de mi alma, de que yo esté en la iglesia de cuerpo presente, asistiendo á ceremonias en cuya eficacia no creo.

Ella.—No se trata aquí de tu salvación, sino de mi gusto; ni del amor de Dios, sino del mío.

El.—Pues, niña mía, por tu amor iré yo aunque sea al infierno.

Ella.—¿Si no es al infierno, bobo; si es al cielo donde te quiero llevar.

El.—Pues hasta el mismo cielo soy yo capaz de ir por amor tuyo.

Ella.—No blasfemes. Anda, aviate prontito, que aun llegaremos á misa de once.

III

Comedor.—Los esposos almuerzan en buena paz y compañía.

El.—¿Ostras, langostinos, langostinos! Todo muy rico; pero ¿as que hoy no comemos carne? (Golpeando de repente la mesa con el mango del cuchillo). ¡Ah, ya caigo! Hoy es viernes de Cuarema. ¡Siempre lo mismo! ¡Valiente idea tendrás vosotras de la religión! ¡Green ó no creer, tanto monta; lo indispensable, lo esencial es que se ayune en día de precepto.

Ella.—¿Qué genio tienes! ¿Cómo te pones en seguida!

El (con creciente cólera).—Me pongo así con razón. Ya sabes lo conveniente: libertad, tolerancia mutua en materias religiosas. Nada de imposiciones, ni de astucias, ni de artimanos. ¡Elle! ¡fallado ya á ese convenio! ¿Te he impuesto yo mis creencias, buenas ó malas? ¿Algo siquiera propaganda de mi incredulidad? Pues ¿por qué no estás á la recíproca? Yo quiero que en mi casa sea como el imperio del gran Federico, donde cada uno se salva como mejor lo entienda. No me gusta hacer el uso. No me acomoda el papel que quieres hacerme representar de beato *matre lui*, como el médico de Molière.

Ella (al criado que sirve á la mesa).—¡Llévame usted á la cocina.

(La cocinera entrando á poco rato).—¿Qué desea la señora?

La señora (mirando á la cocinera fijamente).—¿Qué le dijeron á usted esta mañana en la carnicería?

La cocinera (reprimiendo una sonrisa).—Pues que no había carne, señorita. Ni solomillo, ni entrecosto, ni lomo bajo, ni ternera, nada. ¡Ya se ve, como hoy es viernes de Cuarema, un día en que sólo los judíos...

El señor (con impaciencia).—Bueno, bueno. Ella (á su marido).—¿Lo ves? ¿Te convences de que no ha habido ninguna intención de hacerte comer de vigilia?

IV

Otra vez el despacho.—Marido y mujer departen amistosamente.

Ella.—¿Dónde piensas ir esta tarde?

El.—Al Ateneo. Estoy citado con Pepito Barua que me ha amenazado con leerme un trabajo suyo.

Ella.—¿Bueno estará el trabajo de ese hereje?

El.—Si no se trata de religión, mujer; si es un artículo sobre el cultivo de la remolacha.

Ella.—No importa. Yo que tú...

El.—Vamos á ver, ¿qué harías tú que yo?

Ella.—Le daba mico.

El.—¿Mico?

Ella.—No es así como soléis decir? Pues bien, si, le daba mico y consagraba todo el resto del día á acompañar á mi mujercita.

El (rebelando).—¿Es que quieres llevarme esta tarde á las Cuarenta Horas?

Ella.—Ya saliste con una cachufleta, como dicen en el sainete. Pues mira, hijo, no te estaría tan mal el venir conmigo á adorar al Santísimo Sacramento.

El.—Abrenuncio.

Ella.—¡Ah! ¡Ah! ¡Tengo que elegir mis lanas para doña Petra, que ha hecho voto de hábito.

El (resignado).—¡Vaya por las tiendas y por el voto, y sáñame leves las lanas!

Ella.—¡Luego...! ¿Como tienes ese horror á la iglesia!...

El.—¿Por los clavos de Cristo, Lolita, basta ya de iglesia por hoy!

Ella.—Dírenos una vuelta por la Castellana.

El.—¿Vaya por la Castellana!

Ella.—Y al regreso subiremos no momento á casa de doña Ursula. Tenemos que disponer entre las dos una rita de caridad.

El.—¿Doña Ursula? ¡Muestra garza! ¡Mojigata insignie! ¡Voraz, insaciable devoradora de santos!

Ella.—¿Y á ti qué te importa que lo sea? ¿Tienes tú algo que ver con ella?

El.—No, hijita, nada, á Dios gracias. Y para tener menos aún, le dejaré á la puerta de la gran devota y me volveré á casa solito.

Ella.—¿Qué galantería! No parece sino que doña Ursula le da mierda.

El.—No lo parece, lo es. La tal dama me inspira un pánico horrible, un miedo cerval. Voy en ella algo así como una bruja metida á santa. Y luego, ¡qué *entourage*! Beatas, monjas trashumantes, frailes calzados ó sin calzar, clérigos más ó menos zafios, chupacabras, familiares, acólitos, á veces hasta purpurados... Soy demasiado pecador para complacerme en semejante compañía. Desde que estudié el Derecho Canónico me apatan los concilios y todavía más los conciliábulo.

Ella.—Pues debes ir. Su marido ha venido dos veces sin encontrarte en casa. Ahí están las tarjetas. Ya ves, ¡un señor tan respetable! ¡Todo un senador vitalicio!

El.—Por muchos años.

Ella.—¿Quédamos en que me acompañas?

El.—Está dicho: *facta sunt servanda*, como decía mi maestro de Romano.

Ella (con mucho mimo).—¿Y subirás conmigo á casa de doña Ursula? Prométeme que subirás.

El.—Subiré, ¡oh humana flaqueza! ¿Qué podré yo negar á esos ojos de cielo, á esa boquilla de pidiñón, á ese...?

Ella.—(rechazándole dulcemente).—Vamos, no seas majadero.

El.—¿Con tal de que entre doña Ursula y tú no me hagáis rezar el rosario!...

—(Pausa.) El marido á poco hablando desde su cuarto.)

—¿Sabes, Lolita, el escrúpulo que me asalta en el momento de ponerme el pantalón?

Ella.—¿Qué escrúpulo?

El.—Un escrúpulo muy fundado; me parece que estoy usurpando tus atribuciones.

Ella (entre risueña y enojada).—¿Qué cosas tienes!

V

Es de noche. Envuelta en elegante bata, la dama hojea negligentemente una revista. La luz viva de la lámpara, cayendo sobre ellas de lleno, hace resaltar las perfecciones de su rostro y las riquezas de su busto. Su marido, sentado enfrente de ella, la contempla con silenciosa admiración.

(De improviso prorrumpie la esposa en una carcajada.)

El.—¿De qué te ríes?

Ella.—De un epigrafe que pone aquí; mira: «La emancipación de la mujer».

El.—Es verdad, la cosa tiene gracia. ¡La emancipación de la mujer! ¡El hombre, ¿cuándo se emancipa?

Ella (con convicción).—¡Nunca!

(El se acerca á su mujer, toma una de sus manos y le dice, hablándole casi al oído, en voz baja y un poco balbuciente).—¿No he sido bueno hoy?

Ella (con aire distraído).—Muy bueno.

El.—¿No eres que merezco una recompensa?

Ella (haciendo como que no le oye y leyendo la fecha en su revista).—Viernes 14 de marzo. ¿Viernes? Si, es verdad, viernes de Cuarema. El (aun contrariado).—Tienes razón, ya no me acordaba.

Ella (volviendo de pronto la cabeza y mirándole intensamente en los ojos).—Pero después del viernes...

El.—¿Si?...

Ella.—(con adorable coquetería).—Pues es claro, tontón; después del viernes... viene el sábado.

(El marido sonríe, deposita un beso en la frente de su mujer y sale discretamente.)

VI

Sola ya en su estancia la hermosa criatura acaba su lucido nocturno, bosteza, estira languidamente con felina voluptuosidad sus miembros esculturales, se persigna con devoción, y en el momento de acostarse murmura sonriendo:

—¡Buen día el de hoy! ¡No quedará descontento ni el padre Carrete!

ALFREDO CALDERÓN

El señor Salmerón ha defendido en los tribunales el derecho de una madre á que se le restituyera una hija que se había escapado de su casa para encerrarse en un convento; y lo ha defendido tan magistralmente, que la prensa ha elogiado con unanimidad desusada su elocuentísima oración forense.

Uno mi aplauso al de todos.

VIVERO DE NEOS

Por si no fueran bastante las aulas de Deusto y los demás centros de enseñanza que hay diseminados por España á cargo de los jesuitas para inundar la sociedad de jóvenes estetas, adoradores del corazón deífico, hipocritas, frios, calculadores en todo cuanto se refiera á su egoísmo, sin entusiasmos y sin virilidades de ninguna clase, trábese de fundar en Burgos, pueblo excesivamente levítico, una Universidad católica libre, donde se explicará Filosofía, Derecho, Ciencias, Letras y se preparará á los alumnos para todas las carreras y facultades, de modo que en breve plazo quede el país dotado, merced á ella, de un brillante plantel de abogados, médicos, ingenieros, farmacéuticos, arquitectos etcétera etcétera, muy bien instruidos cada cual en su especialidad, pero todos en conjunto muy católicos, muy religiosos, muy reaccionarios.

Así llegaremos seguramente á un hermoso y envidiable porvenir de libertad y progreso.

Los elementos todos, el civil representado por diputados de la provincia y concejales de la ciudad, el militar por un señor general de Ingenieros, el eclesiástico por el arzobispo de la diócesis y el neo por los carlistas y clericales de la localidad, anarrán su esfuerzo y sus iniciativas para conseguir que ese centro docente sea el preferido por las familias ricas á todos los de más, para educar á la juventud y para que de los elucstrados de esa Universidad católica libre

hace falta para la especialidad de sus estudios y lo demás lo escuchan como quien oyó llover; luego, cuando acaban la carrera, cada uno se va por su lado, aquél á matar sanos y á empeorar enfermos, éste á intoxicar y envenenar al prójimo, el otro á construir puentes que se hundan al paso de la primera carreta, el de más allá á arruinar ó á meter en las cárceles y presidios á quienes le confían la defensa de sus intereses ó persona, y así por el estilo todos, con la agravante de que, no contentos con causar esos males materiales á la sociedad, se los causan mayores moralmente con perniciosos ejemplos que la gente educada é indocta sigue é imita, pues luego que los infames se ven con su carrera concluida, con su título de doctor ó licenciado en el bolsillo, con personalidad propia y con elementos de vida independiente, se suelen declarar en política liberales, demócratas, republicanos ó socialistas, y en religión protestantes, heresiarcas, inórdulos ó ateos de solemnidad.

¡Y esto es atroz; no puede ser, no puede seguir así! ¿Adónde iríamos á parar? ¡Afortunadamente á la iniciativa de esos señores de Burgos para crear tal Universidad, seguirán otras en las demás provincias, y pronto esa enseñanza libre é liberticida, colocará á España en situación de que la poca gente de dignidad y de vergüenza que queda, tenga forzosamente que emigrar, y saldrá ganando en el cambio, á Siam ó á Persia.

JOSÉ CINTORA

El cura de San Juan del Arrabal (Álava) dijo á sus feligresas desde el púlpito, que robaban á sus maridos para enseñar á bailar á sus hijas.

¿Y ellas no se levantaron en el acto, y se fueron á sus casas? No; pues entonces, les gustará que las traten así, y no debemos meterlos los profanos en defender á quienes no protestan cuando las ofenden.

La montaña imantada

Hace unos meses escribía Bonafoux:

«Ya hace tiempo que me gana la pluma un desencanto irresistible cada vez que quiero protestar contra el actual *orden de cosas*, y en verdad, ó sin ficción retórica, un digo que tengo vivos deseos de mandar nombrar este perro oficio de convertir moros y rescatar cristianos.

El papel de Quijote que hacemos unos cuantos en una sociedad cuya mayoría se compone de Sanchos que viven de y por la panza, me va pareciendo risible, entre otros motivos—y fuera aparte de los achares que origina—porque nuestros alegatos son tiempo perdido y sermón en desierto.

Estoy ya harto de hacer el coco, que es oficio poco socorrido. Casi estoy decidido á hacer un poco el sinvergüenza para ganar fama, honores, amistades y dinero. La vida se me va pasando entre abominaciones, calumnias y escaseces de todo género, ultramarino inclusive; ya es hora de que piense en dejar un buen nombre á la familia.

Y después de decir esto, ahora, el 20 del actual, ha comenzado á publicar un nuevo periódico semanal, titulado *Heraldo de París*, donde aprieta de firme, como siempre.

¡Ay, querido Bonafoux! No sirve hacer propósitos de enmienda. Cuando se ha nacido con la vocación de reventarse, económicamente hablando, jamás se falta á ella.

Muchas veces, como tú, he pensado yo en romper la pluma, é irme por otro camino ¡imposible! De tal modo estoy ya cogido, que ni la perspectiva de un bienestar tranquilo me impulsaría á desasirme.

Recuerdo á veces el cuento de la montaña imantada. Los barcos que se acercaban demasiado á ella, perdían en un minuto todo su herraje, los clavos se iban volando hacia la montaña, y los infelices marineros quedaban sumergidos entre las tablas que se derrumbaban unas sobre otras.

Y, no obstante, los que por casualidad se salvaban, fletaban á poco otro buque, y á la montaña de imán.

Que es lo que á tí te ha pasado. Deshecha *La Campaña*, te embarcas en *Heraldo de París*.

Que la montaña de la indiferencia, de la ignorancia ó del convencionalismo no destruye tu nuevo buque; he aquí lo que para tí deseo.

El santo de la cueva

Ahora resulta que no son dos las niñas con quienes cometió actos deshonestos el pillastrón que, protegido por las autoridades de Yessa, pasaba por santo en una cueva.

Las infelices é ignorantes gentes de Yessa, creyéndolo tal santo, mandaban sus hijas alantro que habitaba porque aquel infame le había dicho que las consagrara á la Virgen.

Durante el verano pasado, empezó á sustrarse algo muy contrario á la conservación de la virginidad de las niñas que visitaban la cueva, y en los últimos días de Septiembre y primeros del actual, fué cuando por algunas de ellas se ha sabido la verdad.

Parece que el santo criminal había subido á su mansión tres niñas cada domingo para consagrarlas á la Virgen; encerraba dos

con llave en su madriguera, y la tercera, la que mejor le parecía, se la llevaba al oratorio; allí le rodeaba el cuerpo con un rosario grande, le tapaba la cara con las sayas y... (omitimos los demás detalles que nos dan) dice *El Porvenir Navarro*.

Así las cosas, llegó el domingo 7 del actual, y el cura, que algo sabía, tuvo una agarrada formidable con una familia del pueblo, porque había dicho algo de lo que sucedía; y al día siguiente, lunes, á las dos de la tarde, subió con el alcalde (que es el sacristán) á la cueva, y después de una gran cuestión con el famoso asceta, lo despaclaron de aquel término municipal, sin haber dado conocimiento al juez de los crímenes por el *santo de la cueva* cometidos.

Y está, con ser tan grave que exige el procesamiento del cura y del alcalde, no es lo peor: hay algo mucho más escandaloso y es lo siguiente:

El cura fué á Pamplona, y qué maquiavélicos planes no habrían ideado poner en práctica las autoridades eclesiásticas, cuando al regresar á Yessa con gran escándalo de los vecinos, ha dicho desde el púlpito: *Que le parecía haber despachado al penitente; que era un santo; que lo que había hecho no era nada; que Dios permitía esas cosas; y que desgraciado del padre que se quejara y dijera nada, que pronto le daría un castigo celestial sobre el pueblo*. Después anunció que haría volver á Yessa al penitente para vindicarse.

El Porvenir Navarro se indigna al oír esto, y vuelve á llamar la atención del gobernador civil de Pamplona «para que disponga la busca y captura del asqueroso embaucador conocido por el *santo de la cueva*, y el procesamiento del cura y del alcalde por haberlo dejado escapar sin dar conocimiento al gobernador ni al juzgado; estando dispuesto, añade, á hacer que toda la prensa democrática española se ocupe de este asunto, y que los diputados republicanos interpielen al gobierno en las Cortes, para saber de una vez si un toscos sayal, un cingulo y un rosario son el salvoconducto que autoriza para que con toda impunidad puedan cometerse los mayores crímenes».

Y por si ese cañazo no llega, le dispara estos otros, ya que sabe, por el periódico clerical *La Tradición*, que en el gobierno civil se procura no dar publicidad á lo sucedido ni conocimiento al juzgado:

«Puede V. S., señor gobernador, como Jenaro Pérez Muro, tener todas las simpatías que quiera en favor de frailes cínicos y de farsantes embaucadores, y creyendo ó mintiendo, rendir cuantos homenajes quiera á los cultos religiosos; pero como autoridad civil superior de la provincia, tiene V. S. el ineludible deber de cumplir y hacer cumplir las leyes persiguiendo al criminal sea de la clase que fuere, y protegiendo al ciudadano honrado contra todo atropello y persecución, venga de donde viniere.

No hacerlo así, es dar lugar á que cada cual se tome la justicia por su mano y fomentar por tanto la anarquía».

Teme *El Porvenir* que todo se empastele, por haber transcurrido el tiempo necesario para ponerse de acuerdo el párroco con el alcalde de Yessa, que es el sacristán, y ambos con las familias de las niñas á cuyo pudor se ha atentado, y duda que la verdad oficial resulte como indudablemente es la verdad real; mas promete seguir luchando por ésta contra todos y á pesar de todos.

Tenga por seguro el querido colega que sucederá lo que él teme; mas no por esto su hermosa campaña será perdida. Las verdades lanzadas con el brío que él lanza esas, quedan siempre vivas en la conciencia pública.

Lenguaje valiente

Dirigiéndose *A los Navarros*, en el artículo que dedica á las inmoralidades cometidas por el *santo de la cueva*, escribe además *El Porvenir* estos enérgicos párrafos:

«Grave, gravísimo es el daño que á la sociedad y á la misma religión se infiere con semejante proceder; mas si con ello se persigue evitar el escándalo que produce el llevar á los tribunales determinados delitos cometidos por los que ante los imbéciles é ignorantes pasan por santos, no lo conseguiremos, porque *El Porvenir Navarro*, que es hoy el periódico más leído en los pueblos y valles más importantes de Navarra, no se vende ni por dinero ni por empleo; ni le seducen los halagos ni le asustan las amenazas, y publicará todo cuanto contribuya á quitar la venda de los ojos á cuantos yacen sumidos en la abyección más completa, creyendo en milagros de farsantes embaucadores y en palabras de pillos redomados que toman á Dios por tapadera y á la Religión por pantalla, para así explotar á los tontos que aún siguen creyendo que un hábito de religioso es símbolo de santidad y de pureza.

El verdadero cristiano, el sinceramente religioso, no necesita acudir al pan de San Antonio para alcanzar favores que se conceden por dinero, ni que se le hable de milagros que solo en calenturientas imaginaciones de organizaciones enfermas caben, ni que se le haga creer en virtudes de peregrinos, ascetas y demás gente holgazana que no tiene más misión que vivir á costa del prójimo.

Eso no es religión; es fanatismo en los idiotas é hipocresía en los tuncantes: por eso creemos que nuestra campaña contra los hipocritas que tratan de explotar el fanatismo de los imbéciles es altamente moralizadora, como lo es indudablemente el denunciar los hechos de los Doroteos inmoraes, de los obispos avaros y de los ascetas criminales.

Navarros: no confiéis la educación de vuestros hijos á gentes que visten hábito, ni consintáis que vuestras hijas vayan solas á que las hagan santas ofreciéndolas á la Virgen. A lo mejor os resultará un Doroteo ó un *santo de la cueva*, y luego os llevaréis la mano á la cabeza diciendo: ¡quién lo había de creer!

Hay magníficos profesores, casados, honrados padres de familia de quienes es difícil esperar un zeto impuro. Además, no son tan crueles como los jesuitas y los escolapios en sus castigos. El que tiene hijos, sabe lo que cuestan; y por lo mismo es natural que los trate mejor.

También hay sacerdotes ancianos, dignos y virtuosos: buscados entre los que llevan el sombrero grisento y la capa raída, entre esos que no cuentan con influencias porque no se arrastran por los palacios episcopales, pero que son queridos y venerados por todos los ciudadanos; en ellos encontrareis pobreza si, por que ni aún con las misas que ántes celebraban cuentan por que se las quitan los frailes, pero también hallareis mucha virtud y podeis confiarles la educación religiosa de vuestras hijas.

Navarros: ni frailes, ni jesuitas, ni ascetas, Escarmentad con lo que sucedió hace poco más de un año con un Escolapio en esta capital, y con lo ocurrido estos días en Yessa con el *santo de la cueva*.

Ahora vendrá otra campaña contra *El Porvenir Navarro* hecha en el púlpito y en el conseratorio por frailes soberbios y desvergonzados, y por jesuitas ladinos; y hasta quizás se atreva á hablar también la indecente prensa de esta capital.

Nueva mente la persecución, la injuria y la calumnia se ceñarán sobre nosotros. Descendemos del general *No importa*, aquel de la guerra de la Independencia, y sin que nada nos arredre, adelante seguiremos.

Ayudámonos, como hasta ahora, ciudadanos honrados, y mal que le pese á toda esa cáfila de fariseos, hipócritas, embusteros y vividores sin vergüenzas, el triunfo será nuestro.

Adelante, pues.

Un abrazo muy apretado, querido colega.

Al párroco de Ajofrín (Toledo), va á concedérsele la cruz de beneficencia, por haber llevado al cementerio el cadáver de una religiosa, que habían abandonado sus mismos parientes.

Es un hombre excepcional. Si eso hace, á pesar de ser cura, ¿que no haría si no lo fuere?

UNA GRAN NOVELA

Con el título de *Le journal d'une femme de chambre* (Diario de una camarera) acaba de publicar Octavio Mirbeau un libro que llamará mucho la atención de las gentes que leen. Es un libro que denuncia con elocuencia «corrosiva», ardiente é inflexible, toda la infinita maldad social.

Estilo claro, atrevido, originalidad, radicalismo, puntos de vista de incommensurable elevación; tales son las condiciones que adornan la obra. Cada página es una repugnante escena del mundo elegante, arrauca de la realidad para arrojarla al papel. Célebres novelistas de intachable moralidad aparente; títulos nobiliarios; burgueses; religiosos de todas las especies; criados corrompidos al contacto con la alta sociedad; señoritos tísicos, cínicos y canallas como nadie los imaginara; asesinos sombríos de irreprochable religiosidad; viejos sátiros, depravados hasta la demencia, que mueren en un voluptuoso espasmo con la lengua y la nariz metidas en un viejo zapato de la criada; señoras que tienen por preceptor á Mr. Paúl Bourget; beatas y realistas cuya reñada perversión es tal, que no hay vicio ni masturbación de cuantas el insano delirio de la degeneración y la holganza haya podido imaginar, á la que no se entreguen en cuerpo y alma; militares cobardes, borrachos y ruines hasta el desprecio; magistrados de austeridad puramente teatral, crapulosos, que se prestan al soborno ó inclinan la balanza de su autoridad hacia donde les dicta su mezquina pasión política; tales son los personajes que discurren por *El diario de una camarera*, movidos con admirable belleza y exquisito arte, y sobre todo, con tanta verdad, que acabada la lectura queda en el alma una impresión tal de grandeza, que difícilmente puede contentarse la obra.

Todos son antiesmitas, enemigos mortales de Zola, al que tachan de inmoral y pornográfico; y Celestina, protagonista de la obra, hija desgraciada de brutos y alcohólicos, católica, viciosa y enemiga también de los judíos, delata infernos de bajeza, de odio, de imbecilidad y de lujuria, lo mismo entre los unos que entre los otros. Encerrada en un antiguo castillo de provincia, al servicio de un matrimonio bastardo, mezcla de noble grosero y débil y de burguesa rufesca sin entrañas, escribe su diario, en el que relata los vicios, hipocresías, miserias y ambiciones de cuantas casas ha frecuentado como sirvienta y de cuantos antros ha pisado empujada por la desgracia ó por el vicio. Libre por indiferencia, siente amorosa preferencia por los canallas, los enfermos é imbéciles, y á ellos se entrega incondicionalmente. Oree que los ladrones, los asesinos y cuantos tienen la fuerza de sus actos, son bastante más decentes que las personas honradas que ella conoce, y de tal modo razona, que no hay lógicamente más remedio que convenir en que su creencia es una verdad como un templo.

Señores á quienes hay que decirles cien veces *m...* para despertarles los deseos del sexo; presidentes de asociaciones benéficas y religiosas que vuelven á casa después de haber presidido varias reuniones, sucios de pringue hasta los ojos, lacios y rendidos de tanto... presidir; curas estúpidos que dicen á los niños que cuanto saben es mentira y que luego cuando Dios se enfada; criados tan dignos que, vaciando *post de chambre*, se igualan á escritores realistas que con sus obras y sus consejos vacían almas; animales con dos patas y sin plumas que, borrachos de patriotismo y aguardiente, gritan horrores contra Zola y dicen que Dreyfus debe ser fusilado si es inocente y recluido á la isla del Diablo si es culpable; sabios y filósofos que con ruidosa seriedad discuten sobre cocina y elegancia; tal es la condición moral de la alta y baja sociedad que Celestina nos hace conocer.

Como de todos los libros donde se com-

bate lo existente, fustigando duramente sus porquerías y execrando sus costumbres, se saca de *Le journal d'une femme de chambre* una lección admirable de sana moral. El desfile de tanta abominación hace odiar el vicio á quien lo posee, y la valentía del autor nos demuestra que los menos son los mejores y que el porvenir es nuestro. ¡Lástima que no haya editor que lo publique en castellano!

A. LÓPEZ RODRIGO

En el reglamento de un colegio de segunda enseñanza incorporado al Instituto de Almería, leo en el artículo referente al menaje de los alumnos:

«El menaje de los alumnos internos se compondrá de los objetos siguientes: 1.º «Un devocionario para la misa y sacramentos de confesión y comunión». 5.º «Un crucifijo para la cabecera de la cama».

Respiro. ¡Aun no se exige el bonete!

RECORTE

¿Qué sería del orden social, cuál no se subvertirían las ideas de los buenos burgueses, si se dijera cuanto hace falta decir de las hermanas de la caridad, de las casas de Beneficencia, de esas inclusas sepulturas, y de esos Hospicios calabozos del alma, potro del cuerpo? ¿Qué le acontecería al audaz ciudadano que probara que á una mujer que no es madre debe estarle prohibido por la ley cuidar de los niños, porque tendrá menos paciencia y menos misericordia que un hombre? ¿Cómo puede ser que la que renunció por egoísmo disfrazado de santidad á las funciones del sexo, á los creadores dolores del parto, se duela y padezca con los dolores de los niños? ¡Santa maternidad, tú sólo eres augusta y un crimen sustraerse voluntariamente á sus deberes! ¡Y á la que tal hace se le confía el ministerio más delicado que puede existir en el mundo! ¿De qué entraña les ha de salir el cariño á las criaturas, á las que no los engendraron dando su vida? ¿Quién se asombra de esos horrores, si son lógico producto de la negación, de la contradicción de la naturaleza? En Ceuta sirven muchos, muchísimos penados de niños, y las familias les confían á sus hijos, porque son hombres, aunque lleven á cuevas varias cadenas perpetuas. No sucedería lo mismo si allí hubiera galera. El que no lo comprenda, ese no conoce el corazón humano. Como la madrastra de Madrid esa de que han hablado los periódicos recientemente, hay legión. Y todavía hay diferencia entre las madrastras y las vírgenes consagradas al Señor, pero es en todo caso á favor de las primeras.

LUIS MOROTE

En el prospecto anunciando un colegio establecido en Barcelona, se lee:

«Por último, basamos la educación é instrucción en las más puras prácticas religiosas, moralizando católicamente y no á la usanza de nuestros días, en que tanto abunda una moralidad acomodaticia, porque las teorías que prescinden de la fe, como las materialistas de Strauss, Buchner y Moleschott y las evolucionistas de Darwin, despojan al hombre de su naturaleza racional, le quitan el sello de la divinidad y le llevan á toda clase de errores y aberraciones y especialmente á la libertad de pensar y de obrar».

Bien dicho Merecía llevar ese notable párrafo al pie, las acreditadas firmas del hermano Flaminio de Francia y del hermano Doroteo de España. Le darían mucha autoridad y mucha actualidad.

RETRASO MENTAL

Puede decirse que España sólo tiene un barniz de civilización. Si rasamos con la uña, no ya en los ilustrados, sino en los hombres cultos, veremos al desnudo cuán poderosa es esa tendencia á volver atrás. Domina aquí la inercia, la aversión á lo nuevo, la tendencia á no pensar, á dejar hacer, á pasar el tiempo, á seguir como estamos. Privan las cosas establecidas: la religión de nuestros padres, el servicio del rey, el exceso autoritario de los jefes. Las innovaciones pugnan con nuestro carácter nacional, y si esas novedades son inesperadas, bruscas, inspiran horror. El pueblo es conservador por instinto. Las ideas progresivas apenas desfilan por su mente, apenas se agitan breves momentos; el fondo de sus sentimientos recobra el antiguo poderío, y vuelve á sobreponerse en él el miedo á ese desconocido en que jamás pensó, que le impresiona por vez primera, deslumbrándole quizá sin encarnar en lo hondo de su corazón.

Toda idea nueva tropieza con el obstáculo que le pone la virja que se propone sustituir, y á más, con la costumbre, con el hábito, con la rutina de aquellos que no quieren pensar en nada, y que al presentárselos algo original, extraño y desconocido, reniegan y maldecen al que somete su cerebro á un po de atención. El hombre tiende á la holganza, al ocio, y con tal de no trabajar, lo admite todo.

Toda idea nueva ofende al común sentir; choca, como ellos dicen, con lo admitido; suscita reacciones, desprecio, ira, y levanta la calumnia. ¡Pobre del que se permita el lujo de pensar con su cabeza! Aquí hay que pensar con la cabeza colectiva, con el cerebro de todos y de nadie.

El progreso en las naciones depende del estado que alcanza la evolución individual de los cerebros. Aquellos que por herencia, por detención de desarrollo, por falta de educación ó por evolución á la inversa limitan el ejercicio de sus facultades, no se retrasan en la marcha, sino que cada día se inhabilitan más para comprender las ideas nuevas que engendran otros pueblos.

Siente aversión á lo original, á lo desconocido, á la verdad recién descubierta que llega, porque

toda idea extraña que entra modifica el orden de las suyas, imprime un trabajo, un esfuerzo, impulsa la máquina á nuevas asociaciones, á combinaciones y arreglos distintos; y si esa labor es fácil y sencilla á los cerebros avanzados, semejante tarea les es casi imposible á los rezagados, á los retrógrados, porque la limitación de su campo mental no les deja gran espacio libre para incorporarse con más hechos, ni tienen capacidad dilatada para albergar los que van viniendo.

Así, un kabilá resiste toda innovación en materias de fe; su moral está definitivamente hecha; posee pocos principios, pero cada uno de ellos lo asienta con la firmeza de un sillar; la fiereza de sus creencias se afirma por la incommovible gravedad de aquellas ideas simples, no alteradas ni cambiadas de lugar, y su religión se levanta con la solidez de una pirámide, pero con la rústica simplicidad de esta inorgánica figura.

Cuando la rutina se sobrepone al progreso, la sociedad se siente invadida de inercia, la tranquilidad y el reposo mental suspenden la evolución de los cerebros, las ideas en circulación son escasas, y llevan el sello oficial como la moneda; y como las extrañas no tienen curso legal, acaba por formarse una cultura nacional tan mediocre y reducida, como reducido está el cultivo de la tierra.

El idioma mismo se resiente de esa torpeza mental. Para expresar una insignificante idea hay que darle mil vueltas, hinchar las palabras, insuflar los períodos, alargar la emisión del enteco pensamiento haciéndole recorrer un camino dilatado, sin comprender que cuanto más rápida, intensa, concentrada y concisa es la frase, mejor se imprime en el oiente.

El progreso económico proviene del desarrollo de la inteligencia y del rápido poder de almacenar y transformar las ideas; luego cuanto más tiempo se pierda en charlar en vano, más se empobrecen el cerebro y la Hacienda.

En las escuelas principalmente es donde se comienza á deformar los cerebros. Allí se realiza la obra clásica de encajar errores, imponiendo un concepto anticientífico del universo; allí se inicia esa tortura mental que prepara el cerebro á admitir los mayores absurdos.

Cuesta luego un esfuerzo atlético y una lamentable pérdida de tiempo la obra de enderezar lo torcido, luchando contra la corriente impresa, contrariando una representación mental que definitivamente considerábamos adquirida.

Tenemos que ponerla en tela de juicio, dudar, vacilar, analizarla, ver que es falsa, deshacerla, olvidarla si es posible, y reedificar sobre aquellos escombros una verdad, una verdad que ya nadie nos enseña, porque el mal que nos hizo la escuela nos induce á desconfiar de la enseñanza, y que tenemos que sacar de la realidad que nosotros investigamos y descubrimos, de esa experiencia viva del mundo que la ciencia admite, lo mismo en Roma que en Pekín, y que cree sin vacilar un cristiano ó un moro.

Un Estado que mete errores en la conciencia inocente del niño, perpetra una infame violación y prepara para el porvenir un pueblo envilecido y degradado, sin energía moral para sobreponerse á la desgracia y sin el sereno valor de afrontar el peligro.

Como al cabo la naturaleza se impone á las mentiras tradicionales, el desacuerdo entre la realidad viva y la mentira oficial corriente nos impulsan á no sostener y hasta derribar el falso andamiaje de la sociedad, y lejos de cooperar á una obra que consideramos desastrosa, nos colocamos en pugna con nuestros compatriotas, luchamos con ellos, y en vez de contribuir acordes á la felicidad común de la nación, la división y el encono surgen, y con ella las convulsiones sociales y la parálisis enervante de un pueblo.

Una nación que tiene viciada la misma ciencia, que falsea la verdad, ¿puede engendrar grandes hombres? ¿Cabe que cree caracteres?

Lo que así se alienta es el servilismo y la abyección. El Estado quiere un pueblo homogéneo, simple, unitario, con una sola creencia, igual forma de cultura, idénticas ideas filosóficas, uniforme en lengua, en derecho, en sentimientos y sumiso á los de arriba; es decir, una China de Occidente. Pero la experiencia muestra que un pueblo de chinos es un pueblo de cobardes. Cuando mengua la razón se abate la voluntad, se cercena la virilidad y el pueblo cae en la estolidez y en el escepticismo degradante que á la época actual caracteriza.

¿Qué importa esa unidad ficticia? La homogeneidad nacional reside en el corazón, no en las leyes. ¿Será menos español un catalán ó un vascoengado que un castellano?

Por nuestra carestía mental, por nuestra impotencia productora, sufrimos hoy una invasión pacífica, lenta, de los extranjeros. La literatura y la ciencia nos vienen de fuera. Cada día nos desnaturalizamos más.

Los gobiernos aquí no protegen la producción científica ni su exportación. Parece que debiéramos tener un gran mercado en América, donde 80 millones de personas hablan el castellano. Pues no. El mercado español de libros está en París, en Bruselas y en Alemania. En el extranjero corrompen nuestro idioma, y desde París va á Ultramar un farrago de libros bárbaramente plagados de galicismos; de suerte que dentro de medio siglo allí no se hablará ni sombra de castellano.

Todavía no ha penetrado en España la idea de que el saber es la máxima potencia. Las fronteras políticas menguan cuando se achica la inteligencia de un pueblo. Al terminar la reconquista, en el siglo de Oro de nuestras letras, éramos el pueblo más valiente, el más expansivo, el más sabio de Europa, y por ello el más explorador, el que no cabiendo en la península se derramó por América y Oceanía, creando dos mundos para la civilización. Hoy... si no existiera Turquía, seríamos la nación más atrasada de Europa.

Aquí las ideas rebotan en los endurecidos cráneos; nuestros pueblos rurales viven como hace cuatro siglos; apenas hay un periódico para mil vecinos. La ciencia no se abre paso, la desdennan y la consideran como una fatal manía.

El trabajo mental no se considera como trabajo: no vale nada, no se paga. Apenas. Las clases intelectuales viven una decorosa miseria. El pueblo no tiene idea remota del valor de una idea. Cree que á cambio de su dinero deben darle siempre un objeto material, que le entro por los sentidos, que tenga forma y peso: pero si le da una idea, un consejo, una consulta, él le levanta un pleito, eso, como es una idea impalpable, inasible, no la paga, y casi nunca la agradece.

El jornal del sabio es el que de más mala gana se paga. Como su ciencia no revista un carácter industrial, jamás hará camino. El saber especulativo, la suprema filosofía, lo considera el vulgo poco menos que viento vano.

El país no sabe ni quiere saber leer.

Parece que España no tenga más que vísceras abdominales, que no necesite de cabezas.

Esta inopia mental de nuestro pueblo, esta indigencia intelectual, sostiene el parasitismo polí-

tico y social que nos extrae los pocos jugos que nos quedan. A tales pueblos, tales gobiernos. El representante debe ser el espejo fiel del representado. Recíprocamente concuerdan los pueblos con sus gobiernos. En otras naciones, para llegar a los primeros puestos se necesita una sólida educación científica; tener esa sintética mirada de águila, que abarca de una ojeada las relaciones y el enlace de todos los conocimientos humanos; saber qué mundo es este en que se vive; cuál es el puesto del hombre en la naturaleza; de dónde viene y a dónde va; qué fué en el pasado; qué es hoy en Europa; cuáles son las fuerzas de la nación que se gobierna; cuál es su vida económica, su producción y su cambio; qué fuentes de riqueza cabe fomentar; qué dirección más racional debe darse a nuestros destinos, etc. Aquí, en vez de esto, el que más, aprende retórica. Bástale la lengua y suprime la cabeza. Con que haya leído su correspondiente ración de versos, basta y sobra. Acopiará su caudal de símiles y metáforas, hablará declamando sus períodos rotundos, ampulosos, sonoros y vibrantes. Su palabra, en vez de ser vehículo del pensamiento, será música celestial, ruido candencioso, armonía imitativa, algo que alargue el viaje de la idea por sendas y vericuetos de un estilo alambicado, que deje hueco al vano auditorio que escucha aplaudiendo semejantes discursos insustanciales.

Y así nos vamos quedando: huecos.

JOSÉ MARÍA ESCUDER

Los astrónomos evalúan la vida probable del sol en unas cuantas docenas de miles de trillones de años; los geólogos nos marcan no pocos millares de siglos como mínimum de duración de las primeras edades de la tierra, y el químico Gaudín nos exige la infima cantidad de doscientos cincuenta millones de años para poder contar los átomos contenidos en un trozo de metal del tamaño de una cabeza de alfiler pequeño.

Y como los católicos sostienen que el mundo cuenta solamente seis mil y pico de años, según revelación divina, hay que convenir en lo embusteros que son... Los católicos.

TARJETAS AL MINUTO

PARA IGNACIO RODRÍGUEZ ABARRÁTEGUI EN EL MOTIN.

¡Con cuánto placer he leído, amigo mío, su artículo «Los vengadores»! Pensamos de igual modo; el cuchillo de esos imbéciles es la canalla a quien sustentan.

¡Con que en Almería se niegan a recibir los paquetes de El Motín y «Germinal»! Conozco a mis paisanos y no me extraña nada de eso. Allí se prestará dinero al 90 por 100, se protegerá el agio, se explotará al pueblo por todos los medios; todo, menos tolerar que sean leídas las inmundicias (?) que estampa El Motín en sus columnas.

Para mayor prueba del estado semisalvaje a que han llevado los curas a aquella gente, ahí va esto:

Hace doce años, siendo yo casi un niño, tuve la mala idea de fundar un periodiquito, en el que comencé por decir que mi religión era más sublime que la de aquellos ensotados verdugos, y otras muchas cosas que convenían con mis naturales instintos de libertad y de progreso.

Lo que pasó, no quiero ni acordarme. Por todas partes me señalaban con el dedo, las puertas se me cerraban y los amigos hufan de mí como de un apestado.

—Paco, dispénsame—me dijo un día cierto amigo, a quien quería entrañablemente—no puedo reunirme contigo, porque se ha enterado mi familia de esas tonterías que dices en el periódico y ha dicho que corte nuestras relaciones.

En un momento me vi solo, y el periodiquito murió, porque no encontré ni aun imprenta en que tirarlo.

Aquel desengaño, en lugar de enfriar mis deseos, los avivó de tal modo, que entablé una lucha titánica, desesperada, contra toda aquella gente odiosa y fanática. En el café, en el casino, en la calle, en todas partes donde querían escucharme, procuraba devolverles el daño que me hacían, descubriendo sus bajezas y sus infamias.

Salí de allí hace nueve años, y he vuelto únicamente a dejar el cadáver de mi madre. No pienso volver; todos los que conozco desean ir a su tierra en cuanto pasan algunos años sin verla; yo no. Y no crea nadie que los odio; ¡los compadezco!

¡Pobre Almería! Crea usted, amigo mío, que es digna de lástima aquella gente. ¡Hasta cuándo dormirá ese sueño nocivo de fanatismo!

FRANCISCO IRIBARNE DE LA CASA

Hace unos días se desprendió un andamio en la iglesia de San Miguel de Corella, cayendo tres ayudantes de los pinos que decoran el templo de una altura de diez metros, quedando en estado muy grave.

Y dice con mucha gracia La Autonomía de

Reus, que si San Miguel no interviniera con un milagro para evitar la catástrofe, sería por andar ocupado en dar caza al demonio.

Torpe anda entonces el bueno de San Miguel, cuando no sabe que, desde hace siglos, el demonio alberga constantemente en los colegios de los jesuitas.

Párrafos aislados

Hasta mediados del siglo (el actual) las clases liberales, las que piden reformas, no son las populares, sino las gentes instruidas.

Los gobiernos liberales suben al poder muchas veces gracias a los acontecimientos extranjeros.

Para cada año de libertad hay ocho,

al menos, de tiranía. Todos conocemos la historia del siglo.

Siempre la reacción, siempre gobiernos despóticos que falsifican las elecciones, siempre el clero apoderado de la instrucción, siempre los mismos abusos y los mismos privilegios. Los propios revolucionarios se descubren ante la Iglesia.

Sólo doce se encuentran el 54 para votar la libertad de conciencia. En la misma Revolución de Septiembre nadie se atrevió a separar la Iglesia del Estado, ni a plantear verdaderas reformas.

Mucha palabra sonora, mucho discurso hueco y poco más; y para cada convento que se derribaba, 25 se han levantado nuevos, suntuosos, magníficos cual palacios; y la instrucción pública vuelve a estar acaparada por el clero; y los jesuitas se pavonean triunfantes a pesar de no haberse derogado la ley que los expulsara; y los hospitales y casas de beneficencia están sujetos a una disciplina religiosa que les obliga a actos como el de separar la madre del hijo para que no pueda criarlo y recluirla en varias casas de maternidad y expositos.

POMPEYO GENER

Pasaba hace días por la calle de Zorrilla a tiempo que salían los luises de la iglesia que allí han alzado los jesuitas, y al verlos acudí a mi memoria lo siguiente.

Hallándose Alejandro Dumas en un banquete, se acercó a él un capitán feísimo, que le dijo, mostrando gran admiración:

—Su padre de usted jera mulato?

—Sí, señor—respondió Dumas.

—¿Y su abuelo?

—Mi abuelo era negro.

—Entonces, ¿también lo era su bisabuelo?

—No; mi bisabuelo era mono.

—¿Mono?... ¿Desciende usted de un mono?

—Hombre; no comprendo por qué le extraña a usted que yo descienda del mono, cuando usted va hacia él.

Los luises se hallan un poquito más adelantados que el capitán del cuento.

No van hacia el mono. Están ya en él.

FANTASÍA CELESTIAL

Un santo dicen que en el cielo había que, siempre sin devotos, se aburría. Cansado del quehacer de no hacer nada, al Señor acudió con quejas tales que, encontrándola Aquel muy razonada, la petición del santo fué cursada y resuelta en los centros celestiales.

Y la gracia pedida lo fué al santo al momento concedida, dándole facultad para hacer cosas que eran, como de un santo, milagrosas, estupendas y raras.

¡Como que daba a las mujeres feas, aunque tú no lo creas, hermosísimas caras, y a la más horrorosa que rezase con fe, la hacía hermosa!

No era necesario añadir que acudieron las devotas de un modo extraordinario, desde tierras extrañas y remotas, a visitar el nuevo santuario;

y, cuando guapas luego se miraban, a la imagen un ósculo le daban. Al principio, al buen santo el beso aquel le entusiasma tanto, que prometió hacer bellas con exceso a todas las que el beso le diesen en la cara en vez del manto;

y viendo las devotas peregrinas que al besarle en la cara las hermosas poníanse divinas, ni una quedó que el manto le besara, y aun más de una había

que el ósculo en la cara repetía con grave detrimento, pues notaba el santo cada día

que su rostro ¡oh dolor! se desgastaba. Y al sentir tan continuo besuqueo, víctima ya de aterrador mareo, es fama que entre dientes dijo el santo:

—Las vuelvo hermosas y me ponen feo... ¡Buena es la devoción, pero no tanto!

FEDERICO CANALEJAS

SECCIÓN AMENA

ANUNCIOS Y RECLAMOS

El saber anunciar con éxito ha llegado a constituir un arte.

Hay quien nace con aptitudes ó vocación de anunciante, dotado por la naturaleza con un ingenio, una gracia, una travesura especial para echar al vuelo anuncios de sensación, capaces de vulgarizar en un día determinados productos de la industria.

La novedad, la sorpresa ante todo; hasta en los anuncios de menor cuantía conviene salirse de los moldes en uso é inventar algo que sugestión y oblique a leer.

Los que por economizar pagan la inserción de una sola línea que dice, por ejemplo: *Casa huésped. con ó sin; serv. esm.*, pierden miserablemente su dinero; los que ponen con todas sus letras, *Casa de huéspedes, con principio y servicio esmerado, tres pesetas*, tampoco hace gran negocio. Mejor lo entendería aquél que anunció: ¡Rono y Asesinato! Lo cometen los dueños de las casas de huéspedes, dando de comer a éstos sustancias alimenticias perniciosas a la salud. Comida sana, abundante y nutritiva se ofrece por tres pesetas en la calle de tal, etc.

Suele suceder que el nombre ó fama de un establecimiento se deba a la casualidad ó a un golpe de suerte, sin que el propietario haya tenido que gastarse un centimo en bombos, mientras que otros comerciantes han hecho inútiles desembolsos por conquistarse celebridad.

Recuerdo a este propósito que un semanario satírico muy popular de cierta capital de provincia publicó un sueltito burlándose del dueño de una tienda de comestibles, el cual había puesto en el escaparate un cartel que decía, con letras muy gordas:

CHORIZOS EXTREMOS A 4 PESETAS EL KILOM.

No era caro el kilómetro de chorizo... Pero ello es que la guasa del periódico sobre motivos de aquella caprichosa abreviatura de *kilogramo*, hizo famoso el establecimiento, que desde entonces prosperó de una manera asombrosa.

Otras veces, aunque el hecho parezca extraño, anuncios que producen trastornos y molestias al público, logran muy bien su objeto de dar a conocer un nombre, un producto, una casa. Hace pocos meses, en una ciudad francesa, recibieron cien vecinos, a hora intempestiva de la noche, un telegrama de París con estas palabras:

Inaugurada gran fábrica paraguas L. y C.ª, rue Rivoli, n.º...

La alarma que los imprevistos telegramas produjeron en las familias, las protestas que se formularon, la noticia en los periódicos locales y los subsiguientes comentarios, fueron la mejor propaganda del nuevo centro industrial.

Para anuncios los yankees, que en todo son estrambóticos y raros. Una tarde en el puente de Brooklyn (Nueva York), un hombre, dando muestras inequívocas de desesperación, se arrojó de cabeza al agua... ¡Un suicida! ¡Un suicida! gritó la multitud asombrada a la barandilla para ver cómo luchaba el desgraciado con la muerte... Había miles de espectadores emocionados... De pronto el suicida reapareció haciendo la plancha con toda tranquilidad y con gran cartel sobre el pecho, que decía:

El mejor betún es el de M. W., calle de...

Una noche se armó bronca en un teatro de Boston; el público se levantó en masa, indignado contra los que interrumpían la representación escénica. Cuando mayor era la algarabía, diez personas de las que rodeaban el grupo levantisco (en las butacas de patio) abrieron otros tantos paraguas de un tamaño descomunal, sobre cuya cara superior había este letrero:

Mr. H., Abogado

Especialista en divorcios; calle..., núm...

Pero nada tan original como lo que va a continuación.

Precedida de mucho reclamo se publicó en los Estados Unidos una novela de autor conocido y estimado por su brillante estilo; la edición era magnífica: un tomo en cuarto, de 300 páginas, profusamente ilustrado, papel superior, impresión esmerada, lujosa cubierta etc.

El argumento era interesantísimo: un joven millonario se enamora como un loco de cierta encantadora señorita, Mary, un tipo verdaderamente ideal. Ella, que al principio no se mostraba insensible a las apasionadas frases de su pretendiente, cuando vio que la cosa iba de veras comenzó a ponerse triste, lacia y meditabunda, acabando por declarar que le era imposible corresponder a su amor.

Más enalabrado el hombre por aquella negativa, ofrece a Mary su nombre y su fortuna de príncipe; pero ni por esas. La seductora niña, mirándole con ojos llenos de ternura, en los que se adivinaba una pasión tan grande como la que había inspirado, le repite que no puede acceder a su deseo.

Toda la novela era eso: la tenacidad del amante, sus luchas, sus sacrificios, su desesperación, y la incomprensible testarudez de Mary, joven, libre... y pobre.

Era cosa de leer la descripción que de ella hacía el autor; la pintaba como un dechado de perfecciones, rebosando juventud, frescura, gracia y encanto...

Al joven enamorado no le cabía duda de que su adorada le ocultaba algún misterio horroroso... Por último, no pudiendo soportar aquella vida, completamente desesperado, se presenta a ella, saca un revólver, apoya la boca del cañón en la frente, y le dice:

—Si ahora mismo no me declaras por qué te niegas a ser mi esposa, me levanto la tapa de los sesos.

Mary dió un grito angustioso y exclamó: ¡Detente! Si, te lo diré, aunque luego me aborrezcas.

—¡Habla!

—¡Sabes la edad que tengo?

—¡Unos diecisiete años.

—¡Ay de mí! ¡Soy abuela!

—¡Cómo!... ¿que eres abuela? ¡Estás loca!

—No... ¡tengo sesenta y cinco años!

Y bajó avergonzada la cabeza.

—¡Qué disparate!—repuso él.—Con ese cutis fresquísimo que parece destilar gotas de rocío, y ese color sonrosado...

—Es que... uso la *Veloutine Imperial* de W., Nassau Street...

RAMIRO BLANCO

La influencia jesuita

Procesado el clérigo don Ramón Sarmiento por supuestas injurias inferidas en *El Pueblo* de Valencia al doctor Moliner, trasladose a Barcelona creyendo, por habérselo dicho metido así el querrellante, que todo se hallaba arreglado.

Y ahora, cuando estaba dedicado tranquilamente a asuntos literarios, llega de Valencia la orden de prenderle, y lo prenden, paseándolo con esposas por las calles de Barcelona, cual si fuese un

terrible criminal, y en la cárcel se encuentra.

¡Por qué esa prisión en causa que a lo sumo podría ser condenado a un par de años de destierro, y por qué ese rigor desusado al prenderle? Por que ha combatido en la prensa y en el teatro y en el mitin al jesuitismo y el que hace hoy esto en España, y más si es cura, no tiene garantidos ni el reposo, ni la libertad, ni la vida quizás muy pronto.

Amigo Sarmiento: «prudencia, mala intención, una poquita de calma, y adelante»

Que al freir será el reir.

DIOS PATRIA Y REY

EPISODIO EN UN ACTO Y EN VERSO

ORIGINAL DE

JOSE NAKENS

OJO AL CRISTO!

EPISODIO EN UN ACTO Y EN VERSO

ORIGINAL DE

JOSE NAKENS

Y DICE EL SEXTO MANDAMIENTO

JUGUETE CÓMICO EN UN ACTO Y EN VERSO

ORIGINAL DE

JOSE NAKENS

Precio de cada uno: 1 peseta.—Para los suscriptores a EL MOTIN, 50 céntimos.

El mal y su origen

El distinguido escritor Zeda haciendo el retrato del chulapón madrileño:

«El chulapón vive en el mejor de los mundos posibles; se levanta a medio día, pasa la tarde viéndolos venir, pasea al anochecer por la calle de Sevilla, se juega después de comer en el colmado unas copas al mus ó al tute, con otros de su calaña; cumple luego con su señora sacándole de paso unas pesetillas; se va de juerga, arma bronca, recibe ó da un par de bofetadas y duerme de cuando en cuando en la prevención.

Cuando hay toros, el chulapón no falta a la corrida, y es lo que se llama un buen aficionado, y distingue y sabe lo que se traen las reses, y forma parte del coro de admiradores y parásitos que rodean a los astros de coleta. El chulapón es una excrescencia social.»

«Siendo, como es, un ente inútil, vicioso y corrompido, la literatura tabernaria, hoy tan en boga, le retrata, le enaltece, recoge sus dicharachos y pone en circulación sus timos más abyectos.

Todo eso es verdad. Lo que Zeda calla, es que esos chulos, y esos escritores, y el público que lee ó aplaude esa literatura tabernaria, son producto legítimo de la restauración flamenca ó inmoral que nos ha arruinado, encanallado y prostituido.

El medio ambiente, Zeda, el medio ambiente...

LAS CAMPANAS

Schiller las cantó, y, sobre motivos de ellas, escribió un poema de eterna belleza. ¡Benditas sean las campanas... de Schiller! Tampoco tengo inconveniente en bendecir otras campanas, que si no han «rayado a la altura» de las del gran poeta tudesco, también tienen su campanario en donde el público las mira y las oye repicar con deleite. Aludo a la Campana de Huesca (cuadro), a Las campanas de Carrion *«Les cloches de Corneville»*, por mejor nombre), a la campana de la Almudaina, a la campana de Gracia... y no sé si alguna más por el momento. Esas, y las que queden por nombrar, son las campanas del arte y de la literatura, campanas que no suenan... a hueco, y, sobre todo, que no estropean los oídos ni producen molestias y otros excesos.

A las campanas de los templos católicos es a las que quiero ahora referirme. Y digo templos católicos y no protestantes ó de otra religión cualquiera, no por odio al catolicismo, como pensaría cualquier cureja de los de poco más ó menos. Para mí, lo mismo son los unos que los otros; hace tiempo que les tengo a todos echado el mismo rasero. Pero «es el caso» que en España no tenemos más que campanas católicas y... ¡velay!, como dicen en Valladolid.

Vamos a ver, ustedes, lectores ímpios, ¿resisten las tales campanitas?... Les haré otra pregunta más directa aún y que a algunos les llegará más a lo vivo: ¿han vivido ustedes rodeados de tres ó cuatro iglesias, con su correspondiente campanario cada una? ¿Han vivido siquiera cerca de una sola de esas que campaneán a menudo? Bueno; pues si dicen que sí, ya saben ustedes lo que es canela y casi casi me aborran a mí el seguir adelante, porque las reflexiones que yo haya de hacer ya se las habrán hecho.

Las campanas, esto es lo primero que salta a la vista, no tienen hoy razón de ser ninguna, si su fin es llamar a los fieles a las festividades religiosas, avisarles cuando éstas van a dar principio. Se comprende que existiesen en aquellos tiempos en que no se conocía ningún

género de publicidad. ¡Pero hoy! ¿Qué devoto no sabe ya, cuando las campanas se lo dicen, que a tal hora y en la iglesia *ache ó erra* se celebra tal ó cuál juerguilla mística? Luego las campanas, desde el punto de vista de la utilidad, son inútiles. Ya sé yo, ya sé que la Iglesia no las considera sólo bajo ese aspecto, ni las gentes tampoco. Para la Iglesia las campanas es su «lengua metálica», expresan una porción de cosas y hasta «elevan plegarias» al cielo; manifiestan alegría ó dolor, en sus distintos toques... Para las gentes, para muchas gentes, en eso mismo que la Iglesia les ha inculcado de las campanas, ¡hay una poesía, mecachis!... ¡El Angelus, el clamor de la agonía, el toque de gloria, el repiqueteo ruidoso en las vísperas y en los días de las grandes solemnidades!...

Mas todavía, si las campanas fuesen solamente inútiles con su romanticismo y sus aires cursi-poéticos, se las podría echar noramala, eso sí, pero dejarlas que repicasen cuanto les viniera en gana a sacristanes y monagos. Pero, no señor; las campanas son, además de inútiles, muy molestas siempre y en algunos casos altamente perjudiciales. Que molestan, no necesitare demostrarlo; que son perjudiciales, se comprenderá con sólo recordar las veces que todos hemos presenciado ó intervenido en esos casos en que para enfermos gravísimos se recomienda la tranquilidad, el silencio absoluto. «Ese sueño—suele decirse en ocasiones, es reparador, la vida del paciente, tal vez; que nada lo interrumpa...» ¡Y buen sueño reparador! A lo mejor estalla un campaneo de todos los diablos en la iglesia inmediata, el enfermo despierta sobresaltado, y ¡adios tranquilidad y hasta curación...

¡Abajo, abajo las campanas, que pueden ser hasta homicidas!

Decididamente, don Juan Alvarez Mendizábal fué el primero (quién sabe si el único) de los revolucionarios de este siglo que acaba.

JUAN NUEVO

MINUTA

¡Justicia! ¡Justicia! claman los eternos vencidos, los engañados, los desgraciados.

¡Protección, amor, simpatía! eso es lo que piden.

No es esto todavía de lo que la Justicia se ocupa. Para nada tiene en cuenta a los desventurados y a los débiles.

La Justicia está aun solamente monopolizada para el crimen; no se localiza sino donde se trata de castigar. ¡Aún no significa otra cosa que violencia, deshonra, prisiones, presidios y cadalsos! ¡Sangre! ¡Rostros lívidos! ¡Nervios convulsos! ¡Corazones que se oprimen! ¡Almas que enloquecen! ¡Conciencias donde queda alguna noción del bien, pero que se sumen en la infamia, con objeto de que no escapen al encadenamiento y fatalidad del mal!

Así en todos los tiempos, entre las tribus bárbaras, bajo los despotas, en las tormentas revolucionarias, en la paz como en la guerra, siempre y en todas partes, yérguese implacable, feroz, la vieja Justicia humana.

Siniestro es su palacio, cuyas murallas sudan la angustia y el terror; cuyos ecos repercuten, con oscuros sonidos, clamores y sollozos; cuyas blancas estatuas, de pétreos é inmóviles ojos, contienen toda la inhumanidad que representa una alegoría.

Por excepción absolvemos al acusado. Entre nuestra concepción de la justicia y el difícil texto de las leyes, hay un abismo de muchos siglos; sabemos que el juez no tiene el deber de castigar a su disposición, sino en tanto que posee la facultad de limitar la pena; nuestras leyes rechinan aún como las antiguas máquinas de tormento; son abstractas y brutales, lejos del hombre y de la naturaleza; preciso es que se las queme y reemplace por otras dictadas por las responsabilidades modernas.

JAMES CASE

LOS CRIMENES DEL CARLISMO

45 folletos.—15 céntimos uno.

Colección completa, 5 pesetas francas de porte y certificada.

Para los suscriptores a EL MOTIN a 10 céntimos, cargándoles únicamente el certificado.

Pueden pedirse sueltos.

Si dejase de ir El Motín a alguna población de las que ahora se envía, pueden los que deseen leerlo suscribirse directamente en esta administración, pues no será por culpa nuestra.

MADRID—IMPRENTA, ENCARNACIÓN, 4.